



¡IGLESIA! ¡COCINA! ¡HOGAR!

Escribe María Luisa Bemberg

¿Qué es el machismo? Son todos aquellos —y aquellas— que, por un milenario desprecio hacia la mujer, dividen a los seres humanos en superiores e inferiores según su sexo. **El Corán:** "Los hombres son superiores a las mujeres a causa de las cualidades por las cuales Dios les ha dado preeminencia". **El Génesis:** "Parirás tus hijos con dolor, y hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará". Y las mujeres obedecieron. En nombre del padre, del hijo y del marido, amén. Procreaban, educaban, cocinaban, lloraban, pero sobre todas las cosas, **se callaban:** el silencio milenario de una mitad de la humanidad. Y ya se sabe que la que calla, otorga... El resultado de ese mutismo fue una cultura **universal** que refleja un solo pensamiento: el pensamiento masculino. Desde su óptica y para su óptica. Una mirada que hace decir a Simone de Beauvoir: **"frente a la mujer, el más mediocre de los varones se cree un semidiós"**. La arrogancia y el desprecio de algunos de los pensadores más prestigiosos de todos los tiempos son el motivo de esta nota, ya que son la fuente de una discriminación que persiste hoy en día a través de los medios de comunicación, de los cantantes, los publicitarios, los humoristas, los analistas, los religiosos de cualquier credo. Escuchemos a los mutiladores de la inteligencia de unos seres humanos por la conveniencia de otros seres humanos. **Prud'Homme:** Una mujer que ejerce su inteligencia se vuelve fea, loca. **J. P. Stael:** Una mujer puede ser sabia pero le conviene disimularlo. **Eurípides:** El mejor ornamento de la mujer es el silencio y la modestia. **Balzac:** Los hombres superiores necesitan mujeres orientales que no piensen más que en atenderlos. **Diderot:** Un hombre culto puede tener una esposa que escriba libros, siempre que cosa camisas. **Papini:** Amo las cosas como son: perros que ladran, pan con harina y mujeres sin literatura. **Hitler:** ¡Iglesia! ¡Cocina! ¡Hogar! Y así, de un plumazo (nunca más oportuna expresión) se anuló el pensamiento de una mitad de la humanidad (¿la cara mitad?) para ponerla al servicio de la otra. Inferiorizadas, abrumadas por embarazos no

siempre deseados y el trabajo doméstico, económicamente dependientes, incultas, inseguras, aisladas cada cual en su hogar, repitiendo tareas que sus maridos consideraban indignas para ellos (**"yo no lo haría por ningún dinero ni razón en el mundo"**, García Márquez), las mujeres terminaron pareciéndose a lo que los varones quisieron que fueran: la esposa sumisa, el ama de casa sonriente, la madre abnegada, la musa, la ninfa, el reposo del guerrero, la colaboradora amante o la amante colaboradora. Todo menos la mujer lúcida que lo pueda juzgar. O competir con él. El objetivo estaba logrado: la mujer se quedó en el molde que otros le habían fabricado. Fuera, claro está, de algunas rarísimas excepciones que sólo sirven para confirmar la regla. Es difícil descubrir entre las múltiples razones cuáles fueron las determinantes para que las mujeres —no siempre mansas en sus hogares— aceptaran a lo largo de los siglos patrones de cultura que no les eran propias. ¿Por estar tan abrumadas de trabajo y partos es que no tuvieron tiempo para interrogarse? ¿Por qué no conviene morder la mano que da de comer? ¿Por qué es menos angustioso elegir un marido que se encarga de encauzar nuestra vida que asumir nuestro propio destino? ¿Por qué al haber sido educada para agradar es contradictorio enfrentarse a los que se debe seducir? Después de milenios de mutismo, ahora, desde hace unos pocos años —una gota de agua en el mar de la cultura (masculina)—, las mujeres empiezan a tomar la palabra. Desde ellas y para ellas. El camino recién empieza, son sus primeros pasos. Nuestros primeros pasos. Y es bueno saber que en este trance doloroso y solitario, de erizados sarcasmos y agresiones, hay un varón generoso y valiente que nos da la mano: **"Podemos asegurar que el conocimiento que tienen los varones de las mujeres, tales como han sido y son y sin referirse a lo que podrían ser, será siempre desesperadamente imperfecto y superficial, y lo seguirá siendo hasta que las propias mujeres cuenten todo lo que tienen que contar"**. (John Stuart Mill.)